

## JOSÉ MARTÍ Y EL SENTIDO DE LA IDEA DE LA INDEPENDENCIA CUBANA\*

*Eugênio Rezende de Carvalho*

La manera de celebrar la independencia no es, a mi juicio, engañarse sobre su significación, sino completarla.

JOSÉ MARTÍ

El año de 1898 marca el fin de la guerra de independencia cubana iniciada en 1895. Derrotada en la guerra con los Estados Unidos, España renunciaba, por el Tratado de París celebrado en diciembre de 1898, a sus últimas posesiones coloniales en el continente americano: Cuba y Puerto Rico. Un final, para muchos revolucionarios cubanos, trágico y melancólico, sobre todo cuando se considera la intervención de los Estados Unidos en los momentos finales de la guerra y la tutela impuesta por esta gran potencia imperial norteamericana a la Cuba recién liberada del yugo español. Como es propio de las efemérides, la costumbre es presentar y reflexionar sobre los sentidos y significados de este hecho que marcó profundamente la historia de Cuba y, porqué no decirlo, de América Latina en su conjunto. Aquí pretendemos estudiar el sentido y alcance de la *idea de la independencia* cubana predicada por aquél que, precisamente por sus ideas y acciones independentistas y anticolonialistas, es considerado el prócer

\* Traducción del portugués de Martha Patricia Reveles Arenas.

y el mayor símbolo de la independencia cubana: José Julián Martí y Pérez (1853-1895).

Entre los estudiosos de la vida y obra de Martí es casi un acuerdo de que el hilo conductor de sus ideas políticas es el *independentismo*, aunque el término sea analizado e interpretado desde diferentes ángulos, José Martí fue, sin duda, un independentista. Predicó, luchó y murió en la lucha por la emancipación política de Cuba; mientras tanto, la historiografía cubana nos presenta una significativa e influyente corriente de pensamiento independentista a lo largo del siglo XIX, con raíces que preceden a Martí. Esa corriente de pensamiento tuvo su gran momento cuando con la primera guerra de independencia de Cuba, la llamada Guerra de los Diez Años (1868-1878). Tal corriente asumía una perspectiva restricta y limitada si se le compara con la idea independentista martiana; al contrario de esta última, aquella idea de la independencia se agotaba en sí misma, sin ir más allá del proyecto de separación de Cuba de la metrópoli española. Veremos adelante cómo en Martí tal concepto incorpora nuevos ingredientes. Por ello es oportuno explorar el vínculo de Martí con el independentismo.<sup>1</sup> No es necesario un gran esfuerzo ni un conocimiento profundo de la obra martiana para comprobar sus pretensiones de transformar a Cuba en una nación soberana e independiente. Al final, él dedicó buena parte de su vida a esa obra. El problema es que éste no era solamente su propósito, es decir, el riesgo del que queremos alertar consiste en la generalidad –de poco valor– de llamar independentista a Martí, ya que él propuso mucho más que lo que el término puede sugerir. En su proyecto político para Cuba, la inde-

<sup>1</sup> A este respecto son bastante pertinentes las observaciones apuntadas por el historiador cubano Pedro Pablo Rodríguez en sus estudios sobre las ideas políticas de José Martí.

pendencia era –para Martí– el paso inicial y tal vez no el más significativo a largo plazo,<sup>2</sup> pero ¿en qué consistía en realidad ese “algo más” presente en la idea independentista de Martí? En este momento, retomaremos y avanzaremos en algunas de nuestras reflexiones ya expuestas en un estudio anterior.<sup>3</sup>

#### LA INFLUENCIA DE LOS ESTADOS UNIDOS EN EL *INDEPENDENTISMO* MARTIANO

Pasados ya cerca de diez años de exilio en los Estados Unidos,<sup>4</sup> José Martí había adquirido plena conciencia de lo que representaba aquella nación para América y para el mundo al final del siglo XIX. El desarrollo rápido que comenzaba a presentar el país norteamericano y su modelo político-institucional despertaba una atención y admiración grande por parte de los muchos representantes de los medios intelectuales y políticos de otras naciones de América. En un momento en que predominaba la idea de que el colonialismo habría sido responsable por casi todos los problemas que enfrentaban las nuevas repúblicas, como la falta de desarrollo, la falta de democracia, de libertad, etc., los Estados Unidos se presentaban como aquella joven nación que, después de más de un siglo de conquista de su independencia de Inglaterra, conseguía al fin surcar con éxito un camino propio, al margen de Europa. Era ineludible la tentación de considerar que el resto de las

<sup>2</sup> Pedro Pablo Rodríguez, “La idea de la liberación nacional en José Martí”, en *Anuario Martiano*, núm. 4, 1972, p. 177.

<sup>3</sup> Eugênio Rezende de Carvalho, *O Projeto Utópico da Nuestra América de José Martí*, São Paulo, Anita Garibaldi, 2001.

<sup>4</sup> Después de pasar buena parte del año de 1880 en los Estados Unidos, Martí se dirigió a Venezuela (Caracas) al inicio de 1881, donde vivió poco más de seis meses; regresó a los Estados Unidos, donde viviría hasta 1895, el año de su muerte.

naciones del continente también podrían lograr tal hazaña. El alegado carácter democrático de sus instituciones, de su constitución, el espíritu emprendedor de su pueblo, el mantenimiento de un régimen de libertades le conferirían el status del modelo más nuevo de *civilización y progreso*, al lado de los modelos franceses e ingleses. Era bastante difícil, para cualquier miembro de la intelectualidad de la época escapar de ese análisis. José Martí, incluso, no permaneció inmune a tal influencia. Cuando llegó a Nueva York, por primera vez, en 1880, resaltó su admiración por lo que él consideró “casa de la libertad”. Declaró admirar el fundamento democrático de sus instituciones y la pujanza de aquella sociedad.

Sin embargo, con el pasar de los años, se percibe en sus escritos una clara evolución de su juicio acerca del panorama político y social de aquel país.<sup>5</sup> Martí decía: “Yo he vivido en el monstruo y le conozco las entrañas”. Aunque monstruo no signifique aquí perversidad exclusivamente, como bien ponderó Medardo Vitier,<sup>6</sup> puede expresar también una grandeza cuantitativa; tal vez para Martí haya significado ambas cosas. No obstante, manifiesta opiniones tanto favorables como desfavorables sobre innumerables aspectos de la vida social de los Estados Unidos, en general se percibe claramente una radicalización de su opinión en relación con los valores de aquella nación, una opinión cada vez más negativa. En la medida en que profundiza en el conocimiento de sus entrañas, percibe

<sup>5</sup> En 1881, cuando regresó a Nueva York, procedente de Caracas, inicia de inmediato su acción de denuncia y crítica de algunos aspectos de la vida estadounidense, principalmente por medio de las denominadas “Cartas de Nueva York”, escritas para innumerables publicaciones tal como *La Opinión Nacional*, de Caracas, *La República*, de Honduras, *La Nación*, de Buenos Aires, y *El Partido Liberal*, de México.

<sup>6</sup> Medardo Vitier, *Martí: estudio integral*, La Habana, Comisión Nacional Organizadora de los Actos/Ediciones del Centenario y del Monumento a Martí, 1954, p. 58.

que hay un distanciamiento cada vez mayor entre la realidad social estadounidense y aquellos ideales fundamentados en su constitución. Considera que los gobiernos estarían traicionando esos ideales democráticos.<sup>7</sup> Percibe progresivamente algunas degeneraciones en el seno de esa sociedad: desigualdades sociales, discriminación racial, en su forma de Estado, el carácter monopólico y proteccionista de su economía, que entrará en confrontación inevitable con los intereses y con la soberanía de las demás naciones del continente americano.

La primera conclusión a la que llega es que no se podía considerar al continente americano como un bloque monolítico, homogéneo. Una realidad dual se había afirmado y cristalizado por razones históricas. En un discurso de 1889, conocido como “Madre América”,<sup>8</sup> Martí afirma: “Y ¿cómo no recordar, para gloria de los que han sabido vencer a pesar de ellos, los orígenes confusos, y manchados de sangre, de nuestra América [...]? Del arado nació la América del Norte, y la Española, del perro de presa”.<sup>9</sup>

Aunque pueda parecer un tanto “pacata” esta imagen del arado de América del Norte lo que Martí buscaba colocar en relieve era la existencia de dos realidades diferentes que pre-

<sup>7</sup> Es interesante observar que José Martí no llega a cuestionar en ningún momento la base constitucional de los Estados Unidos.

<sup>8</sup> Discurso pronunciado en la “velada” artístico-literaria de la Sociedad Literaria Hispanoamericana, el 19 de diciembre de 1889, en Nueva York, en la cual estaban presentes los delegados de la Conferencia Internacional Americana de Washington.

<sup>9</sup> Todas las citas de José Martí dentro del ámbito de este trabajo se refieren a la publicación: José Martí, *Obras Completas*, 27 tomos, 2ª. ed., La Habana, Editorial de Ciencias Sociales, 1975. Primera edición publicada por la Editorial Nacional de Cuba, en coordinación con la Editora del Consejo Nacional de Cultura y la Editora del Consejo Nacional de Universidades, La Habana, 1963-1965. José Martí, *Obras Completas*, t. 6, La Habana, Editorial de Ciencias Sociales, 1975, p. 136.

sentaban dos evoluciones históricas distintas. En ese discurso, él buscaba establecer y rescatar tales diferencias de orden histórico. Sin embargo, como lo abordaremos más adelante, no será esta circunstancia histórica el único factor de demarcación de dos factores continentales. Tal evolución en el pensamiento de Martí significaba un paso importante en la toma de conciencia de la especificidad de lo que él denominó *Nuestra América*. La experiencia de esos años de exilio en las tierras norteamericanas permitió el desarrollo de su pensamiento, la evolución y el perfeccionamiento de ese concepto a partir de la comprensión, en 1894, de que: “En América hay dos pueblos, y no más que dos, de alma muy diversa por los orígenes, antecedentes y costumbres, y sólo semejantes en la identidad fundamental humana”.<sup>10</sup>

Es importante observar que Martí habla, ahora, de una diversidad no sólo de orígenes y antecedentes, sino también de costumbres. Comprendía que la América española era algo distinto, específico, diferente de los mundos europeo y estadounidense. Para comprender el verdadero sentido de *Nuestra América* había que traer a cuentas, por lo tanto, esas “diferencias de orígenes, métodos e intereses entre los dos factores continentales”.

Al lado de otras denominaciones –como Hispanoamérica, América del Sur, y otras– durante mucho tiempo Martí empleó simplemente América para referirse a la región de la América española.<sup>11</sup> En sus textos, principalmente a partir de 1889, se percibe, sin embargo, una intensificación sutil del uso del pronombre *nuestra*, precediendo América, para

<sup>10</sup> *Ibid.*, t. 8, p. 35.

<sup>11</sup> Ciertamente habría irritado mucho a Martí el hecho de que los Estados Unidos se apropiaran para sí el calificativo de *americanos*. Tal vez insistiese, a veces, en el empleo del término América, aisladamente, como resistencia a la práctica común en el seno de sus compatriotas de reconocer a los *estadounidenses* como americanos por antonomasia.

referirse a esa misma región. Eso representa nada más que la demostración de su esfuerzo de diferenciación de las dos realidades presentes en el continente americano. La afirmación del pronombre *nuestra* representaba la búsqueda de una personalidad propia, la conciencia de una especificidad. Asimismo, representaba también la distinción, la diferenciación en relación de una con la otra América, que no la *nuestra*. Si nosotros aportásemos una definición geográfica, podríamos decir que esa *otra* América sería aquella porción del continente que no estuviese entre el límite demarcado por Martí, el cual sea entre el Río Bravo y el Estrecho de Magallanes. Mientras tanto, la diferenciación no se restringiría a esas bases puramente geográficas. Más que propiamente los Estados Unidos en sí, esa *otra* América era representada más por su política, por sus intereses y propósitos amenazadores que no permitían una unidad e identidad a nivel continental, y más, que comprometían la propia existencia de esa América *nuestra*, en tanto unidad pautada por una autonomía política y cultural.

Así, entre todos los peligros que amenazaban a la América Española, Martí elegirá ese que considerará como la amenaza mayor, la amenaza externa, *el tigre de afuera*:

[...] otro peligro corre, acaso, nuestra América, que no le viene de sí, sino de la diferencia de orígenes, métodos e intereses entre los dos factores continentales, y es la hora próxima en que se le acerque, demandando relaciones íntimas, un pueblo emprendedor y pujante que la desconoce y la desdigna.<sup>12</sup>

Cabe resaltar que Martí tendrá conciencia más tarde, y lo declarará varias veces, de que la avaricia no era un problema de mero desconocimiento de nuestra América, por parte de los Estados Unidos de América del Norte.

<sup>12</sup> *Ibid.*, t. 6, p. 21.

Los años de 1889 a 1891 serán decisivos en esa toma de conciencia de Martí acerca del peligro real que representaba la política de ese país del norte de América. Fueron los años en que ocurrieron en Washington las dos Conferencias Internacionales Americanas, convocadas por los Estados Unidos.<sup>13</sup> Sobre la primera de ellas, así se expresó Martí: “Fue aquel invierno de angustia, en que por ignorancia, o por fe fanática, o por miedo, o por cortesía, se reunieron en Washington, bajo el águila temible, los pueblos hispanoamericanos”.<sup>14</sup>

Los debates entablados en ambos eventos dejarían en claro los intereses reales y las ambiciones del vecino del norte sobre el continente americano. Dejarían en claro las bases de esas relaciones íntimas reivindicadas por ese pueblo emprendedor y pujante. El propio Martí sintetizó así su escepticismo y su preocupación ante el significado de esta invitación de los Estados Unidos a las demás naciones de América:

Jamás hubo en América, de la independencia acá, asunto que requiera más sensatez, ni obligue a más vigilancia, ni pida examen más claro y minucioso, que el convite que los Estados Unidos potentes, repletos de productos invendibles, y determinados a extender sus dominios en América, hacen a las naciones americanas de menos poder, ligadas por el comercio libre y útil con los pueblos europeos, para ajustar una liga contra Europa, y cerrar tratos con el resto del mundo. De la tiranía de España supo salvarse la América española; y ahora, después de ver con ojos judiciales los antecedentes, causas y factores del convite, urge decir, porque es la verdad, que ha llegado para la América española la hora de declarar su segunda independencia.<sup>15</sup>

<sup>13</sup> José Martí acompañó.

<sup>14</sup> *Ibid.*, p. 143.

<sup>15</sup> *Ibid.*, pp. 46 y 47.



Era necesario estar atento al contenido, las intenciones reales que estaban detrás de los tratados comerciales propuestos, para no comprometer los intereses y la soberanía de las naciones americanas de “menos poder”. Martí sabía bien que “El pueblo que compra, manda. El pueblo que vende, sirve. Hay que equilibrar el comercio, para asegurar la libertad”.<sup>16</sup>

Si Martí ya tenía conciencia de la diferencia de los orígenes, las diferencias en la evolución histórica, ahora tomaba conciencia plena de los propósitos e intereses ocultos de la política de los Estados Unidos frente a la América española. Una política que amenazaba, ahora bajo nuevas formas –por medio del “veneno de los préstamos, de los canales, de los ferrocarriles–”,<sup>17</sup> su independencia, su existencia como un conjunto de naciones libres. Esa invitación a una unión panamericanista estaba muy distante del ideal americanista martiano. Realmente eran proyectos antagónicos, en la medida en que el proyecto americanista de Martí se aproximaba cada vez más a un proyecto esencialmente anticolonialista, fuera del nuevo o del viejo tipo.

#### LA AMENAZA EXTERNA Y LA IDEOLOGÍA EXPANSIONISTA

Sin embargo, detrás de las propuestas de los Estados Unidos de unión económica del continente, no estaban solamente los tratados comerciales casi siempre desfavorables para las demás naciones de América. Estaba presente un interés mayor de carácter geopolítico y estratégico de dominio de la región. Martí vivió en los Estados Unidos en un momento en que el país atravesaba transformaciones profundas en su economía y política continental, en el momento de la inauguración de

<sup>16</sup> *Ibid.*, p. 160.

<sup>17</sup> *Ibid.*, p. 61.

una nueva etapa del capitalismo monopólico e imperialista que lo llevaría, inexorablemente, a escalar nuevas posiciones en el mundo y, en particular, en el continente americano. Los hechos históricos de un pasado reciente, vinculados a la política expansionista estadounidense, reforzaban el temor de Martí. La expansión asombrosa había comenzado ya durante el primer tercio del siglo XIX con la conquista de Texas. En la segunda mitad del siglo –1848– con la guerra de México se completa el desmembramiento de éste: la mitad del territorio mexicano, dos millones de kilómetros cuadrados pasaría a manos de los Estados Unidos. La violencia ejercida sobre México asume una dimensión continental, en la medida en que avanzan en dirección hacia el sur, con el objetivo de conquistar la región del istmo. Amenazaban al resto del continente, particularmente a la región de América Central y del Caribe. Los intereses se dilataban hacia la conquista de nuevos territorios que pudiesen posibilitar su grandeza. La década de 1850 marca los primeros triunfos de Walker en sus incursiones centroamericanas. No se trataba ya únicamente de una mera usurpación territorial o de una simple disputa fronteriza entre los dos países. Tales episodios asumían un carácter de enfrentamiento, también fronterizo, entre las “dos Américas”. Durante la década de 1880, Martí no se cansó de denunciar el intento de anexionar varios territorios del continente por parte de los Estados Unidos, ampliando sus dominios. Martí analiza varios episodios, como la intervención armada en Haití, en 1888, que se negaba a ceder la península de San Nicolás,<sup>18</sup> la acción sobre Samoa, en 1889, sobre Hawai, en 1890, la com-

<sup>18</sup> Exactamente en protesta contra ese episodio, el gobierno de Haití se negó a participar en la Conferencia de Washington de 1889-1890. De igual modo, el gobierno de Santo Domingo no aceptó la invitación en vista de las intenciones y de la disputa con los Estados Unidos por la bahía de Panamá.

pra de Alaska con el propósito de dominar la navegación en la región del mar de Behring y tantas otras, sin contar el caso de la propia Cuba, que vivía constantemente bajo la amenaza expansionista. Martí advertía:

Los peligros no se han de ver cuando se les tiene encima, sino cuando se los puede evitar. Lo primero en política es aclarar y prever. Sólo una respuesta unánime y viril, para la que todavía hay tiempo sin riesgo, puede libertar de una vez a los pueblos españoles de América de la inquietud y perturbación, fatales en su hora de desarrollo, en que les tendría sin cesar, con la complicidad posible de las repúblicas venales o débiles, la política secular y confiesa de predominio de un vecino pujante y ambicioso, que no los ha querido fomentar jamás, ni se ha dirigido a ellos sino para impedir su extensión, como en Panamá, o apoderarse de su territorio, como en México, Nicaragua, Santo Domingo, Haití y Cuba, o para corte por la intimidación sus tratos con el resto del universo, como en Colombia, o para obligarlos, como ahora, a comprar lo que no puede vender, y confederarse para su dominio.<sup>19</sup>

Así, conocedor y crítico del significado de esos episodios que marcaron el pasado reciente de esas naciones americanas, Martí adquirió plena conciencia del peligro que representaba la amenaza de la intervención extranjera: “Las saetas venenosas no son más que saetas, pero matan. Y es bueno conocerlas y prevenirse contra su uso”.<sup>20</sup>

En la conferencia de Washington, en particular un punto hará evidente que las intenciones y la política de los Estados Unidos, en este plano, no habían cambiado de rumbo. Cuando la conferencia sugiere que la conquista quede eliminada

<sup>19</sup> Martí, *op. cit.*, t. 6, p. 46.

<sup>20</sup> *Ibid.*, t. 7, p. 53.

para siempre del derecho público americano, que las cesiones territoriales fueran nulas si fueron hechas bajo la amenaza de guerra o presión armada, los representantes de los Estados Unidos, en una actitud aislada, se negaron a firmar este proyecto, consintiendo al final, después de largos debates, declarar eliminada la conquista “por veinte años”. El temor de los Estados Unidos no estaba apenas en que limitaran en el futuro sus posibles acciones anexionistas, sino que tal hecho pudiese también colocar el derecho de ese país sobre los territorios ya conquistados, principalmente el de México. Ese episodio colocó frente a frente, en posiciones antagónicas, a los Estados Unidos y al resto de las naciones del continente americano. Selló la diferencia de propósitos entre las dos facciones continentales. Desenmascaraba los objetivos ocultos de las Conferencias: las reducía a un conjunto de recomendaciones que pudiesen fundamentar el derecho que los Estados Unidos se abrogaban sobre América toda.

De una parte hay en América un pueblo que proclama su derecho de propia coronación a regir, por moralidad geográfica, en el continente, y anuncia, por boca de sus estadistas, en la prensa y en el púlpito, en el banquete y en el congreso, mientras pone la mano sobre una isla y trata de comprar otra, que todo el norte de América ha de ser suyo, y se le ha de reconocer derecho imperial del istmo abajo, y de otra están los pueblos de origen y fines diversos, cada día más ocupados y menos recelosos, que no tienen más enemigo real que su propia ambición, y la del vecino que los convida a ahorrarle el trabajo de quitarles mañana por la fuerza lo que le pueden dar de grado ahora.<sup>21</sup>

Según Martí, esa conferencia representó, por un lado, para las naciones de la América española la antesala de una gran

<sup>21</sup> *Ibid.*, t. 6, p. 56.

concordia, una demostración de que los intereses comunes aproximaban a sus países, aunque de momento limitados y condicionados por la necesidad de defensa ante una amenaza común. Mas la conferencia dejó claro también para Martí, por otro lado, que la “visita” de ese vecino pujante y ambicioso estaba próxima. De cierta forma, consideraba ese hecho cuasi inestable. Luego llegaría el día de la expansión sobre las demás naciones del continente americano. Su imagen era de la de un vacío de poder, creado y dejado por los trazos de la empresa colonizadora. La cuestión de la unidad de sus países constituía así un imperativo de sobrevivencia. Había llegado la hora de declarar la segunda independencia de América. Las dos facciones continentales se excluían y se distanciaban en función no sólo de su pasado, de sus diferentes orígenes y evoluciones históricas, sino particularmente por sus perspectivas para el futuro.

No obstante, esta política expansionista necesitaba de un fundamento de legitimación. Por eso, en los Estados Unidos de esa época se mantenía viva, más que nunca, la filosofía de la Doctrina Monroe, ahora empuñada por nuevos agentes de la política estadounidense, que reivindicaban América para los americanos, es decir, del norte. Martí condenó vehementemente las bases de esa ideología expansionista. Denunció una verdadera campaña armada en los medios impresos norteamericanos. No se cansó de citar una serie de manifestaciones y artículos de norteamericanos “ilustres”, que corrían de periódico en periódico, cargados con la ideología del *Destino manifesto* y otras del género expansionista. Para Martí, la imprenta norteamericana no veía nada inmoral en “la intentona de llevar por América en los tiempos modernos la civilización ferrocarrilera como Pizarro llevó la fe de la cruz”.<sup>22</sup> No faltó quien propusiese constantemente que tales ideologías se ma-

<sup>22</sup> *Ibid.*, p. 59.

terializasen en proyectos en planos políticos concretos. Ese era un momento, en fin, en que se ponían en evidencia varios teóricos e ideólogos expansionistas. Un ejemplo es Frederick Turner, que será conocido como el “teórico de la frontera”. Con base en este mito más joven, los Estados Unidos ampliaban su concepto de frontera, en el intento de prolongar la zaga de la conquista del oeste en dirección hacia las tierras del sur del continente americano. Esta nueva doctrina geopolítica encajaba perfectamente en sus aspiraciones expansionistas y anexionistas. Tan grande era el ansia por una justificación para las prácticas expansionistas que se buscaba hasta la aplicación de principios y leyes de la física a la historia. De acuerdo con, por ejemplo, la tesis del físico Brooks Adams, la energía acumulada no se podría liberar sino mediante la expansión.<sup>23</sup> Cualquier argumento que pudiese justificar la empresa expansionista, o el derecho “natural” de los Estados Unidos en el continente americano, particularmente en el istmo y el Caribe, sería difundido inescrupulosamente.

Sin embargo, la onda expansionista no tenía como causa apenas aquellos imperativos de índole económica y estratégica. En ese momento, se encontraba bastante difundida en los Estados Unidos la idea de la existencia de dos Américas bastantes distintas. Martí también, como lo hemos referido anteriormente, tuvo plena conciencia de esa realidad dual. En tanto, para Martí los orígenes de las diferencias se asentaban en raíces históricas, la civilización “ferrocarrilera”<sup>24</sup> de la América del norte se autocomprendía como la más desarrollada, superior y, por eso, distinta. Tal concepción permite, así, la entrada en escena de un ingrediente nuevo, la cuestión racial. Acreditaban y difundían la idea de la América española esta-

<sup>23</sup> A propósito de las ideologías y de los ideólogos expansionistas, ver el interesante trabajo de Jean Lamore (1979).

<sup>24</sup> En español en el original. Nota de la traductora.

ba contaminada por la impureza racial, lo que la imposibilitaba para andar los caminos del progreso y de la civilización. Buscaban, de este modo, justificar con argumentos de orden biológico la inferioridad de la otra América. Martí, innumerables veces, se refirió al desdén del vecino del norte en relación con los pueblos de esa América. Es en contra de ese conjunto de valores y de creencias, bastante difundidas en el seno de la sociedad estadounidense, que Martí discutía en sus escritos de Nueva York. Dirigía contra aquellos que:

Creen en la necesidad, en el derecho bárbaro, como único derecho: “esto será nuestro, porque lo necesitamos”. Creen en la superioridad incontrastable de “la raza anglosajona contra la raza latina”. Creen en la bajeza de la raza negra, que esclavizaron ayer y veján hoy, y de la india, que exterminan.<sup>25</sup>

Esta era, en síntesis, la imagen de los *tigres de afuera*, conforme con la metáfora acuñada por Martí para referirse a la política imperialista de los Estados Unidos, el peligro mayor que corría la América española. Exactamente contra ese peligro mayor que debería ser declarado la segunda independencia de esa América. Una independencia que, en la concepción de Martí, iba más allá de lo político, una independencia de *espíritu*, la conquista de una autonomía en la gestión de sus propios destinos.

#### GUERRA DE INDEPENDENCIA: APENAS EL PRIMER PASO

Hemos omitido hasta aquí abordar específicamente las ideas de Martí frente a lo que consideró una “guerra necesaria”, al referirse a la guerra de independencia de Cuba contra España. Al final, ¿cuál era el verdadero significado de la guerra

<sup>25</sup> *Ibid.*, p. 160.

para Martí? Hemos dicho que para él la independencia era el paso inicial y tal vez no el más significativo. La guerra era parte de una estrategia política de largo plazo que pretendía, en un primer momento, a partir de Cuba, liberar Puerto Rico. El propósito sería, posteriormente, luchar por la unión progresiva de Hispanoamérica frente a los intentos expansionistas de los Estados Unidos. Martí creía que las Antillas constituían una especie de primer muro de contención a ese expansionismo norteamericano.<sup>26</sup> Las Antillas libres salvarán la independencia de nuestra América, y el honor ya dudoso y lastimado de la América inglesa, y acaso acelerarán y fijarán el equilibrio del mundo.<sup>27</sup>

En ese sentido, la guerra de independencia no era y no podría ser un asunto exclusivamente cubano: tomaba dimensiones continentales. Tal estrategia política martiana tenía, por tanto, un objetivo doble: eliminar todos los vestigios de colonialismo español en las sociedades hispanoamericanas y evitar la creación de nuevas formas colonialistas estadounidenses. Martí afirmaba que la guerra de independencia de Cuba sería para el bien de América y de todo el mundo. Para echar mano de un lenguaje de nuestro tiempo, Pedro Pablo Rodríguez calificó tal estrategia de “liberación nacional contra el imperialismo”.<sup>28</sup> Tal perspectiva llegó, inclusive, a influir y conformar la idea martiana de “patria”. El cubano Roberto D. Agramonte (1984) apunta que la idea de patria en Martí estaba determinada por su ansia fundadora. El largo exilio de Martí hacía de él un despatriado, un desenraizado. Su patria era algo deseado y que necesitaba ser buscado y conquistado. La idea de patria de Martí no se reducía, así, simplemente al apego a la tierra, a esa manifestación típica del espíritu

<sup>26</sup> Pedro Pablo Rodríguez, *op. cit.*, 1972, p. 191.

<sup>27</sup> Martí, *op. cit.*, t. 4, p. 111.

<sup>28</sup> Pedro Pablo Rodríguez, *op. cit.*, 1972, p. 191.



aldeano. La patria se revelaría, sobretodo, cuando hubiese la necesidad de defenderla ante el invasor y el opresor. En ese sentido, la amenaza de los Estados Unidos jugó un papel considerable en la evolución y la maduración de su contenido de patria. Aunque mucho de su idea de patria no se limitase a ese contenido. En suma, la estrategia política martiana pretendía eliminar todas las formas posibles de colonialismo en Cuba, presentes y futuros. De ahí que su acción no se limitó exclusivamente a organizar una guerra –fundando un partido y reclutando fuerzas para organizarla– para lograr la independencia de España. Martí comprendió bien que, con los Estados Unidos en franca expansión territorial y económica en dirección al sur del continente americano, la mera separación política tendría un alcance limitado. Sobre eso afirmaba:

Para que la Isla sea norteamericana no necesitamos hacer ningún esfuerzo, porque, si no aprovechamos el poco tiempo que nos queda para impedir que lo sea, por su propia descomposición vendrá a serlo. Eso espera este país, y a eso debemos oponernos nosotros.<sup>29</sup> Cambiar de dueño, no es ser libre.<sup>30</sup>

La descolonización efectiva solamente sería garantizada mediante la consecución de las demás etapas de su estrategia política, sobretodo la unidad hispanoamericana para hacer frente al tigre de afuera. “Pelemos en Cuba para asegurar, con la nuestra, la independencia hispanoamericana”.<sup>31</sup> Éste sería, en el plano político, el sentido más profundo de la idea independentista martiana, marcada en sobremanera por un contenido no sólo anticolonialista en el estricto sentido, sino, sobre todo, anti-anexionista, anti-imperialista e hispanoame-

<sup>29</sup> Martí, *op. cit.*, t. 1, p. 249.

<sup>30</sup> *Ibid.*, t. 6, p. 120.

<sup>31</sup> *Ibid.*, t. 5, p. 375.

ricanista. En el fondo, abrazaba un proyecto de “liberación nacional” en un sentido amplio. Tales eran en síntesis las bases fundamentales sobre las cuales reposaba la idea independentista de José Martí.